

Un tipo de lectura profesional: los humanistas y los textos

Teresa Jiménez Calvente
(Universidad de Alcalá)

Al hojear algunos libros de los siglos XV y XVI, las marcas, manecillas y subrayados nos sitúan ante el instante mismo de su lectura. En muchas ocasiones, sabemos de quién se trata concretamente; en otras, por desgracia, ese lector queda en el anonimato, aunque sus huellas siguen ahí. Resulta de veras emocionante imaginar que nuestros ojos “escuchan a los muertos”, como decía Quevedo; a partir de ahí, cabe preguntarse qué veían los humanistas que a nosotros nos pase desapercibido en esas fuentes del conocimiento¹. Recordemos que, además de enseñar un latín correcto y elegante, estos profesionales eran conscientes de la importancia de su labor en la sociedad de la época, lo que actuaba como acicate más para sus pesquisas y lecturas. Por encima de sus funciones como letrados o secretarios en alguna corte principesca o eclesiástica, más allá de su función como miembros del clero, los humanistas se sentían orgullosos de su magisterio en un sentido amplio, ya que no se limitaban a enseñar los rudimentos gramaticales o retóricos, sino que aspiraban a formar a la juventud y erigirse en guías de los demás, incluso de los más poderosos.

Para lograr su propósito, tenían un arma eficaz: sus clásicos, unos ejemplares manuscritos o impresos convenientemente preparados para llevar a cabo su tarea. Aquellas lecturas minuciosas y repensadas, unidas a su afán por resumir y ofrecer al público una explicación coherente sobre lo leído, marcaron el desarrollo cultural de aquel periodo. En tierras de Italia y de España cosecharé algunos ejemplos curiosos o reveladores sobre las múltiples formas de leer en una sociedad a caballo entre dos mundos, donde lo antiguo y lo nuevo se dieron de continuo la mano. Al hilo de esa reflexión, me vienen a la mente unas palabras de Arturo Pérez-Reverte sobre su propia experiencia como lector de libros: “Creo que en lo sustancial hay dos tipos de lectores. Aquellos a quienes la lectura les sirve para imaginar, para soñar, y esos otros para quienes los libros son el primer paso de la aventura: el libro te lleva, te hace escapar.” (*ABCD*, 15 de noviembre de 2008).

En otras palabras, el lector se sirve de su imaginación e inteligencia para comprender y visualizar lo que se narra en el libro, o bien puede lanzarse a la comprensión del mundo (pasado, presente o futuro), a la aventura de descubrir lo que hay más allá de ese libro, aunque apoyándose en él. Estas dos actitudes básicas caben en cualquier lector de cualquier época, pues el libro es una ventana abierta que permite contemplar lo allí narrado o escapar a través de ella. La imagen sirve para comprender las relaciones de aquellos hombres con los libros, pues partían de la idea fundamental de que lo escrito encerraba la verdad: para descubrirla sólo había que descifrar los textos de manera adecuada. La diferencia más notable entre estos nuevos lectores y algunos de sus predecesores era que, según su parecer, lo escrito por los antiguos había sido mal interpretado, por lo que había que restaurar su prístino valor para hacerse con un conocimiento más certero de un pasado rico en enseñanzas. Para lograrlo había que buscar aquellos textos de los que se tenían noticias indirectas (objetivo cumplido, en parte, gracias a la crítica de exploradores) y, una vez encontrados, limpiarlos de todas las glosas, errores y máculas adheridas a lo largo de los años.

Aquel contacto directo con las fuentes educó el gusto y llevó a apreciar la belleza y armonía implícita en el latín de los clásicos, en contraposición con el latín

¹ Para una mejor comprensión del término *humanista*, vid. Billanovich (1989) y Kristeller.

frailuno o escolástico habitual en las universidades y estudios. Esa idea fue defendida con fuerza por Leonardo Bruni, que en su *De studiis et litteris liber ad Baptistam de Malatesta* recomienda a su joven discípula leer, sobre todo, libros religiosos, pero no los escritos por los teólogos del momento, sino por los padres de la Iglesia: “léelos, por favor, si amas las letras, y te imbuirás de su suavidad, casi ambrosía y néctar.” De hecho, continúa²:

Será un placer leer de vez en cuando en voz alta, pues no sólo en los versos sino también en la prosa hay ciertos ritmos y, como armonías captadas y reconocidas por el sentido del oído, hay inflexiones y ciertas gradaciones, de modo que en ocasiones la voz baja, en otras se eleva, y hay *cola*, miembros de la frase y periodos interconectados entre sí con una asombrosa elegancia, que aparecen sobre todo en los mejores escritores.

Ya que la musicalidad no era una virtud exclusiva del verso, una joven educada debía cuidar la entonación al leer a los autores idóneos: los Padres de la Iglesia y, entre los paganos, Cicerón, Virgilio, Livio y Salustio. En última instancia, esas lecturas le proporcionarían la soltura necesaria para hablar y escribir con corrección cuando la situación lo requiriese, pues hablar un latín correcto o el más parecido a los modelos de la Antigüedad era una de las primeras metas de los profesores de Humanidades³:

Nuestra primera preocupación será no leer sino a los mejores autores y los más reputados; la segunda, desarrollar todas esas óptimas y reputadísimas lecturas con juicio crítico. Que quien lee mire en qué lugar está cada expresión, qué designa cada una de ellas y dónde reside su fuerza, y que no sólo reconsidere las más señaladas, sino también las más insignificantes y, aunque muchas son simples partículas, conocerá gracias a su estudio qué valor tiene cada una de ellas. Así, la lectura de los autores le permitirá familiarizarse con esas expresiones y conocer su uso.

Además, de la lectura derivaban enseñanzas adecuadas *ad bene vivendum*. Ambas ideas echaron profundas raíces hasta convertirse en un lugar común presente en cualquier manual dedicado a la enseñanza de los más jóvenes. Así, en el ámbito de la escuela y dentro de los *grammaticae officia*, la *lectio* era el primer paso, al que luego seguían la *emendatio*, *enarratio et iudicium*⁴. El método no era nuevo, aunque ahora se contaba con un mayor número de autores, pues poco a poco las bibliotecas monásticas y catedralicias iban desvelando sus secretos⁵.

² Cf. Bruni, *De studiis* (Kallendorf 98): “Quin etiam contenta interdum voce legere iuvabit. Sunt enim non in versu modo, verum etiam soluta in oratione numeri quidam et veluti concentus aurium sensu dimensi et cogniti flexionesque et gradus aliqui, ut modo se demittat vox, modo attollat, colaque et commata et periodi mira concinnitate inter se connexa, quae in optimo quoque scriptore maxime apparent.” La traducción de éste y de los demás textos que aparecen en este trabajo es mía.

³ Cf. Bruni, *De studiis* (Kallendorf 96): “Erit igitur prima diligentia, ut nihil nisi optimum probatissimumque legamus; secunda vero, ut haec ipsa optima probatissimaque nobis acri iudicio asciscamus. Videat legens quo quidque loco sit positum, quid designent singula et quid valeant; nec maiora tantum, sed minutiora discutiatur, cumque plures sint orationis particulae, quae sit unaquaeque, de schola cognoscet. Consuetudinem certe et usum illarum ab iis, quos leget, auctoribus reportabit.”

⁴ Cf. Parkes 137-156.

⁵ Sobre el redescubrimiento de los textos clásicos en estas centurias, siguen siendo fundamentales el libro editado por Reynolds y el de Sabbadini.

1. Petrarca y sus *libri mei peculiare*: En busca de un mundo perdido

Para comprender este largo camino que lleva del Humanismo (entendido como un movimiento intelectual) al Renacimiento (en su acepción más amplia de periodo histórico), Petrarca es, por derecho propio, una figura inexcusable. Para Petrarca, el descubrimiento de Cicerón, Virgilio o Tito Livio supuso un cambio revolucionario en su propia vida, según se encarga de narrarnos en sus cartas⁶. Al lado de estos *classici antiqui* y casi a la misma altura se situaban las obras de los Padres de la Iglesia y la Biblia. Todos esos libros, y otros muchos que Petrarca fue juntando a lo largo de su vida y a los que amó como si fuesen miembros de su propia familia⁷, se convirtieron en un verdadero instrumento para la introspección personal, en un apoyo fundamental para forjar una nueva forma de entender la existencia, pues Petrarca ansió alcanzar el reconocimiento como poeta, erudito (vale decir *philologus*) y, sobre todo, filósofo.

No cabe duda de que su padre, hombre de leyes, favoreció su afición. Su residencia en Aviñón –sede papal en aquel momento y lugar donde confluían los más importantes eruditos, curiales, maestros, libreros, etc.– no hizo sino dar alas a ese anhelo. En 1325, tras concluir sus estudios de leyes en Montpellier y Bolonia –una época que recordaría con melancolía en *Seniles* X, 2-, compró las *Etimologías* de San Isidoro, los poemas de Virgilio, el *De civitate Dei* de San Agustín y las *Epistulae* de San Pablo. Con gran esfuerzo, se hizo también con las décadas tercera y cuarta del *Ab urbe condita* de Tito Livio, desconocidas hasta entonces⁸. A lo largo de su vida, se volcó en el estudio de esos códices, que colacionó y anotó profusamente, en una especie de diálogo con sus autores que le permitía escapar de un presente que aborrecía⁹:

Me he dedicado en exclusiva, entre otras muchas cosas, al conocimiento de la Antigüedad, porque esta edad presente nunca me ha gustado, hasta el punto de que, si el amor a los míos no me arrastrase, habría deseado nacer en cualquier otra edad y, en mi esfuerzo por insertarme siempre en otras épocas, habría querido olvidar ésta.

La simple lectura de los textos clásicos le resultaba subyugante: bastaba leer cualquier escrito de Cicerón para apreciar la indiscutible belleza de su prosa. En esta capacidad para captar la elocuencia ciceroniana hemos de ver una sensibilidad nueva, pues el texto ya no sólo le interesa por su contenido (glosado e reinterpretado) sino por su valor intrínseco, esto es, por su calidad artística y literaria¹⁰:

Leo, te digo, pero en mis más tiernos años leía con más atención. Ahora, con todo, leo libros de poetas y filósofos, de Cicerón por delante de todos, cuyo ingenio y estilo siempre me han proporcionado un especial deleite desde mi

⁶ Cf. Petrarca *Epistulae familiares* XXIV (trad. Ortega Garrido).

⁷ Sobre la relación de Petrarca con sus libros, *vid.* Nohac y, sobre todo, Billanovich (1947), una obra que sigue siendo fundamental para comprender al gran pensador y poeta.

⁸ La labor de Petrarca sobre el texto de Tito Livio ha sido estudiada con maestría por Billanovich (1981).

⁹ Cf. Petrarca *Posteritati* (Enekel 262): “Incubui unice, inter multa, ad notitiam vetustatis, quoniam michi semper etas ista displicuit, ut nisi me amor carorum in diversum traheret, qualibet etate natus esse semper optaverim, et hanc oblivisci, nisus animo me aliis semper inserere.”

¹⁰ Cf. Petrarca, *De sui ipsius et multorum ignorantia liber* IV (Marsh 72): “Lego, inquam, sed viridioribus annis attentius legebam. Adhuc tamen poetarum et philosophorum libros lego, Ciceronis ante alios, cuius apprime et ingenio et stilo semper ab adolescentia delectatus sum. Invenio eloquentiae plurimum et verborum elegantium vim maximam.”

adolescencia. Descubro en él una elevadísima elocuencia y la fuerza extraordinaria de sus elegantes palabras.

Vale la pena fijarse en el adverbio *attentius* ('con más atención') y, siguiendo el texto, detenerse en el deleite que le produce la lectura de Cicerón, de la poesía y de los filósofos, así como la importancia de la "elocuencia" y del uso elegante de las palabras (algo muy parecido a lo que anota en su códice de San Agustín, cuando señala que en su obra no sabía si admirar más "la perfección del sacerdote, sus dogmas filosóficos, el conocimiento cabal de la historia o el deleite que provoca su facundia" -*sacerdotii perfectionem, philosophie dogmata, istorie plenam notitiam an facundie iocunditatem*). Más aún, esa belleza es básica cuando se pretende enseñar, por lo que antepone Cicerón al mismísimo Aristóteles.

Su interés por el mundo clásico le empujó más allá, pues quiso medirse con los propios *auctores*, a quienes consideraba compañeros y amigos. ¿Cómo explicar, si no, las cartas dirigidas a Cicerón, Séneca o Livio? A través de la lectura, Petrarca insufló vida a los autores de las obras que leía y, en la creencia de que quedaban otras muchas por exhumar, se lanzó en su busca. Por ello, cuando en 1345 descubrió las *Epistolae ad Atticum*, se sintió fascinado al tiempo que decepcionado por lo que de Cicerón iba leyendo. A pesar de todo, el hallazgo le llevó a construir su propio personaje por medio de sus *Epistolae familiares*, que retocó, cambió y manipuló para hablarnos, como un nuevo Cicerón, de su vida (la interior y la puramente mundana).

Ávido lector desde su juventud, su idea del presente se fue conformando a medida que reconstruía el pasado; así, hacia 1338 Petrarca inició la composición del *De viris illustribus* con el fin de documentarse sobre algunos personajes romanos que aparecían en su poema *Africa* (por el que recibió la corona de laurel en 1341, a pesar de que la obra quedó inconclusa). A raíz de esas investigaciones, escribió una *Collatio inter Scipionem, Alexandrum, Hannibalem et Pyrrum*; más tarde, en una tercera fase de redacción, amplió el espectro de los hombres ilustres para dar cabida a Adán, Noé, Moisés o Hércules. De ese modo, la lectura de los textos se acompañó de una labor de recopilación de datos que luego reelaboraba y reordenaba de manera constante. Con todas estas lecturas y escrituras, Petrarca construyó una visión idealizada de Roma que convirtió en *Leitmotif* de su pensamiento político, en que la Ciudad Eterna recuperaba su antiguo esplendor gracias al regreso de la curia papal, con una perfecta conjunción entre tiempo antiguo e Iglesia.

Otros episodios de la vida de Petrarca están igualmente ligados a los libros, como su famosa ascensión al Mont Ventoux, toda una alegoría sobre su "conversión", en la que estuvo acompañado por su hermano Gerardo y por las *Confesiones* de San Agustín¹¹:

Abro con la intención de leer cualquier cosa que me saliera al paso; ¿qué podía aparecer sino algo piadoso y devoto? Se me ofreció por casualidad el libro décimo de su obra. Mi hermano, esperando oír algún pasaje de Agustín por mi boca, permanecía de pie con los oídos atentos. Pongo por testigo a Dios y a mi propio hermano allí presente, que donde primero fijé mis ojos había esto escrito: "Los hombres viajan para admirar la altura de los montes, los enormes flujos del

¹¹ Cf. Petrarca *Fam.* IV 1, 27 (en www.bibliotecaitaliana.it): "Aperio, lecturus quicquid occurreret; quid enim nisi pium et devotum posset occurrere? Forte autem decimus illius operis liber oblatus est. Frater expectans per os meum ab Augustino aliquid audire, intentis auribus stabat. Deum testor ipsumque qui aderat, quod ubi primum defixi oculos, scriptum erat: "Et eunt homines admirari alta montium et ingentes fluctus maris et latissimos lapsus fluminum et oceani ambitum et giros siderum, et reliquunt se ipsos."

mar y los vastísimos cursos de los ríos, la inmensidad del océano y los giros de las estrellas, y se abandonan a sí mismos.”

Según sabemos, la epístola narra un hecho no del todo real y está en deuda con las lecturas que Petrarca había ido acumulando, en especial, con San Agustín; más aún, la supuesta fecha de la carta, 26 de abril de 1336 –sabemos que se escribió en realidad en 1353–, es también un puro guiño, pues la hace coincidir con la edad en que el santo dio por concluidas sus incertidumbres: a sus 32 años. Petrarca, a través de sus lecturas, se medía con los *antiqui viri* (paganos, pero también cristianos)¹², al tiempo que iba conformando su propia personalidad. Los mimbres se los aportó en parte la moral antigua, con el ideal del *decorum*, que le llevó a renegar de sus obras poéticas de juventud, con la búsqueda de una dimensión social y práctica a su empresa erudita; de ese modo, adquiere sentido que les diga a los escolásticos aquello de que, “olvidados de las cosas, envejecéis entre palabras” (*obliti rerum, inter verba senescitis*)¹³.

Ese medirse de continuo con el pasado le permitió entrever que había elementos que, por puramente humanos, podían sobrepasar las fronteras del tiempo, en lo que resulta una nueva actualización del tópico de la *humanitas*. Sin embargo, no debemos olvidar que Petrarca siempre se sintió profundamente cristiano y que su interés por el hombre tenía una dimensión religiosa. Su individualismo le llevó a valorar su propia humanidad, mientras los clásicos le proporcionaron argumentos y moldes para auto-representarse ante los demás. Petrarca cayó en la cuenta de que la epístola o el diálogo autobiográfico (caso del *Secretum*, bajo la influencia de las *Confesiones* de San Agustín)¹⁴ eran vehículos idóneos para contar las experiencias personales, pues eso y no otra cosa es lo que pretendía, según señala en el *De vita solitaria*:¹⁵

En este tratado he tenido, por lo general, la dirección de mi sola experiencia; y sin buscar ningún otro guía y sin la intención de admitir al que se me pueda ofrecer, me dejo conducir, aunque quizás de una manera demasiado incauta, por mi espíritu, con paso más libre que si anduviese tras huellas ajenas.

La lectura de los clásicos invitó a modelar el pensamiento y abogar por una nueva moral proyectada en la vida ciudadana. El profesional no dedicado a Dios ni a las armas tenía un asidero para justificar su propia vida; por ello, los clásicos fueron revalorizados como fuente inagotable de términos, ideas y enseñanzas. Gracias a los clásicos cabía recuperar los grandes frutos de la civilización romana; para ello, se desarrollaron o nacieron diversas disciplinas, con la Filología a la cabeza de todas ellas. Eran buenos tiempos para la Gramática, la Retórica, la Poesía, la Filosofía moral y la Historia, apoyadas ahora por las novedosísimas Arqueología, Numismática o Epigrafía. En fin, los clásicos justifican el auge de tres géneros literarios cultivados en latín o en las cada vez más apreciadas lenguas vernáculas: la *oratio*, la epístola o el diálogo¹⁶.

¹²Rico (2002) señala con acierto cómo a partir de 1346 se aprecia en la obra de Petrarca un giro que supone una revalorización de los Padres de la Iglesia y de la Biblia, según deja entrever el propio Petrarca, *Fam.* XXII 10, 7: “Iamque oratores mei fuerint Ambrosius, Augustinus, Ieronimus, Gregorius, philosophus meus Paulus, meus poeta David.”

¹³ Acerca de la polémica de Petrarca contra los escolásticos, me remito al trabajo de Tubau .

¹⁴ Para esta obra en particular, *vid.* Rico (1974).

¹⁵ Cf. Conoway Bonadella. *Vid.* también Petrarca, *De vita solitaria* I, 1 (Bufano 1975): “In hoc autem tractatu magna ex parte solius experientie ducatum habui, nec alium ducem querens nec oblatum admissurus, liberiore quidem gressu quanquam fortassis incautius sequor animum meum quam aliena vestigia.”

¹⁶ Sobre este particular, *vid.* Gómez Moreno (1994, 167-214).

2. Cuando la lectura absorbe o entretiene: los nuevos lectores

Todos estos logros nacieron, conviene recordarlo, de un íntimo contacto con los textos por parte de auténticos profesionales de las letras. Pero no todos cuantos se acercaban a los libros eran eruditos o estudiosos: había también individuos deseosos de emular a los *antiqui* en un contexto en que la cultura suponía un toque de distinción. Algunos nobles, eclesiásticos, hombres de negocios o funcionarios de distinto nivel se convirtieron en lectores entusiastas¹⁷ y, sobre todo, en coleccionistas de textos (manuscritos e impresos); para ellos, la lectura era una modo de evasión, pero una evasión provechosa (el tan repetido ocio *cum litteris* recomendado antaño por Séneca) que les permitía ingresar en el selecto club de la *res publica litteraria*. La adquisición de libros y la posesión de una nutrida biblioteca fueron elementos de distinción en una sociedad en la que el acceso a la riqueza se había diversificado.

Se leía con mayor o menor aprovechamiento en función del carácter y tipo de formación del coleccionista de turno. Todos conocemos los nombres de algunos de estos renombrados bibliófilos y sabemos de sus desvelos por hacerse con determinados títulos, según leemos en las deliciosas *Vite* del librero florentino Vespasiano da Bisticci¹⁸. Uno de los personajes que más atención le merecen es Alfonso V el Magnánimo, quien, según Bisticci, había sabido combinar a la perfección el ejercicio del poder con el amor a las letras, sin dejar de lado su profunda religiosidad, pues “egli fu literato et molto si dilettò della Scrittura Sancta, et maxime dela Biblia, che l’aveva quasi tutta in mente” (por cierto, la fuente de esta afirmación es Antonio Beccadelli el Panormita, *De dictis et factis Alfonsi regis*: “sabemos que había leído la Biblia con sus glosas y comentarios 40 veces; de ahí que la tuviera en la memoria hasta el punto de que no sólo reproducía los argumentos sino incluso las propias palabras en muchos lugares sin ningún escrito”¹⁹).

Sabemos que no sólo leía la Biblia, pues su afición por las letras se puso de manifiesto con su faceta como mecenas de humanistas de la talla de Lorenzo Valla, Giannozzo Manetti o Antonio Beccadelli el Panormita.²⁰ Así, todos los días reservaba un tiempo para que el Panormita le leyese las *Décadas* de Tito Livio, con las que disfrutaba tanto que en una ocasión ordenó a unos músicos salir de la sala (y eso que eran muy buenos), pues el texto de Livio le parecía “mucho más suave que la armonía de aquellos.”²¹ Además de Livio y la Biblia, el monarca era aficionadísimo a Séneca. En conjunto, diferentes semblanzas del Magnánimo insisten en el arrobo, casi místico, que experimentaba al escuchar los textos clásicos, una característica que, convertida en tópico literario, hermanaba a eruditos y santos (según Boccaccio, Dante también experimentó una enajenación semejante mientras leía un librito en casa de un boticario,

¹⁷ Vid. Lawrance (1988).

¹⁸ Vid. Gómez Moreno (1997-1998).

¹⁹ Cf. Bisticci (Greco 84). El texto de Beccadelli (1560, 41), dice lo siguiente: “Scimus quod Biblia quater et decies cum glossis et comentariis perlegisset. Proinde illa memoria ita tenere, ut non solum res, sed et verba etiam ipsa pluribus locis sine scripto redderet.”

²⁰ Para un estudio más completo sobre la corte literaria del monarca aragonés, vid. Rovira. También pueden consultarse los dos volúmenes de *La Corona d'Aragona ai tempi di Alfonso II Magnanimo: i modelli politico-istituzionali, la circolazione degli uomini, delle idee, delle merci, gli influssi sulla società e sul costume, XVI Congresso Internazionale di Storia della Corona d'Aragona*. Napoli: Paparo, 2000-2001.

²¹ Cf. Beccadelli (1560, 6): “Lectio Titi Livii qua vel maxime Rex demulcebatur cum aliquando tubicines obstreperent, abigi eos (quamvis musicae peritissimos) iussit. Iam velut multo suaviolem, quam ipsorum harmoniam auditurus.”

hasta el punto de no percibir el enorme jaleo que se levantó a su alrededor durante una fiesta²²).

Desde luego, no fue este el único soberano español enamorado de los libros y dado a la lectura, pues también fueron notables bibliófilos Juan II de Castilla y su hija, la reina Isabel, que tuvo una nada desdeñable biblioteca²³. Precisamente, en la corte de Juan II, se percibe un notable incremento de la circulación de libros y, por ende, del número de lectores: el rey y los nobles hicieron gala de su gusto por el saber, que cobró nueva vida gracias a los tempranos contactos con la Italia de los humanistas²⁴. Personajes como Fernán Pérez de Guzmán, el Marqués de Santillana o Alfonso de Cartagena, por citar sólo tres ejemplos señeros, son nombres ineludibles al hablar de ese despertar. En ese contexto, muchos apreciaron la lectura como una nueva forma de ocio; sin embargo, para colmar ese deseo, sólo había dos procedimientos: aprender latín para leer los clásicos y las novedades venidas de Italia o leer dichos textos en traducción.

En circunstancias tales, la cifra de clásicos traducidos aumentó vertiginosamente hasta el punto de que la crítica ha creído necesario etiquetar este fenómeno cultural: es el “humanismo vernáculo” de Lawrance o, según Russell, el “clasicismo vernáculo”²⁵. El análisis de algunas de esas traducciones ha arrojado datos interesantes sobre la forma de romancear y, por ende, sobre el modo de leer. Quizás uno de los documentos más clarificadores al respecto sea el prólogo de Cartagena a su traducción del *De officiis* de Cicerón, donde señala que había obras de la antigüedad “contenientes sçiençia sin la dulçura de la eloquencia, las quales, aunque se trasladen en la lengua vulgar, non se podrían por el que non aprendió entender sin maestro”²⁶.

El traductor debía seleccionar con gran cuidado los originales de los textos que debía traducir e ilustrarlos con glosas o apostillas que, frente a lo común en la Edad Media, debían ir claramente diferenciados en los márgenes. Una vez más es Cartagena quien nos informa sobre este procedimiento cuando en esa misma obra señala “en los márgenes contando brevemente quanto bastava a la declaración de la letra”²⁷. Con todo ello, las traducciones fueron ganando en elegancia y soltura, con lo que se convirtieron en un modo adecuado de penetrar en el conocimiento de los antiguos, en los que se apreciaba su *doctrina* y *eloquentia*.

En la generación siguiente al rey Juan II, su hija Isabel mostró también un notable interés por las letras, lo que le llevó a estudiar latín ya adulta²⁸:

Hablava el lenguaje castellano elegantemente y con mucha gravedad. La qual, uanque no sabía lengua latina, holgava en gran manera oyr oraciones y sermones latinos, porque le parecía cosa muy excelente la habla latina bien pronunciada. A cuya causa, siendo muy desseosa de lo saber, fenescidas las guerras en España, aunque estaba de grandes negocios ocupada, començó a oyr lecciones de gramática, en la qual aprovechó tanto que no solo podía entender los embaxadores y oradores latinos, mas podiera fácilmente interpretar y transferir libros latinos en lengua castellana.

²² Vid. Boccaccio (Alvar 80-81). Vid. también Gómez Moreno & Jiménez Calvente.

²³ El mejor y más completo estudio sobre la excelente biblioteca de la reina Isabel es el de Ruiz.

²⁴ Sobre esos primeros y provechosos contactos, vid. Gómez Moreno (1994).

²⁵ Cf. Lawrance (1986) y Russell.

²⁶ Cf. Cartagena, *De los oficios* (Morrás 207).

²⁷ Cf. Cartagena, *De los oficios* (Morrás 58).

²⁸ Esto es lo que dice Marineo Sículo, *De rebus Hispaniae memorabilibus*, 1530 (cito por la traducción castellana de la misma, también de 1530 y reimpressa en varias ocasiones). Sobre la relación de la Reina Isabel con las letras y la cultura, vid. el excelente trabajo de Salvador Miguel.

Estas aficiones literarias la convirtieron en un paradigma para los miembros de su corte, si hemos de creer a Lucena en su *Epístola exhortatoria a las letras*:

¿Non vedes cuántos comienzan a aprender admirando su realeza? Lo que los reyes hacen, bueno o malo, todos lo ensayamos de hacer. Si es bueno por aplacer a nos mesmos y si malo por aplacer a ellos. Jugaba el rey, éramos todos tahúres; studia la reina, somos agora studiantes.

Como mujer de su época, la Reina leyó con interés y fruición libros de religión y de devoción, e incluso auspició la traducción de un verdadero *best-seller* del momento: el *De vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, el Cartujano, realizada por fray Ambrosio Montesinos y editada en Alcalá de Henares en 1502²⁹. En sus aposentos, en el arca en que guardaba sus bienes más preciados, estaban sus libros, que sin duda la acompañaron en sus desplazamientos, pues la lectura y el rezo constituían un instrumento básico en la formación religiosa. De ese modo, fray Hernando de Talavera, confesor de la Reina, en *De cómo han de vivir las monjas de san Bernardo en sus monasterios de Ávila*, aconseja que las lecturas sean “en romance, porque la lección que no se entiende, ni se lee ni se oye como debe, ni aprovecha mucho leerse³⁰”.

Más sorprende aún el interés de la Reina por ciertos detalles. Pienso en la cédula que dirigió al hijo de Per Afán de Ribera para que le prestase su manuscrito de san Juan Crisóstomo con el fin de cotejarlo con el texto que se estaba preparando para imprenta:³¹

Yo he sabido que tenéys en vuestro poder un libro de san Juan Grisóstomo sobre san Mateo e porque yo quería se inprimiese, por ser como es tan provechoso, yo os encargo que, para corregir por el otro que ha de ynprimir, presentéys el que vos tenéys al conde de Çifuentes, asistente de la çibdad de Sevilla, e al guardián de San Francisco de dicha çibdad, que han de dar orden cómo se haga. E luego qu’el otro libro fuere corregido, se os tornará, lo qual en serviçio recibiré.

La soberana sintió verdadera afición por las letras y se ocupó personalmente de asuntos culturales (apoyó la difusión de la imprenta y de los libros y se interesó por el desarrollo y buen funcionamiento de las universidades y estudios). En este contexto, es fácil imaginar con qué fuerza se asentaron la lectura y el estudio en la corte española, donde los monarcas crearon una escuela palatina para educar a sus hijos y los de algunos nobles³². Pedro Mártir de Anglería fue el humanista encargado de enseñarles

²⁹ Para la relación de la soberana con las letras y su labor de mecenazgo, *vid.* Salvador Miguel (217-236).

³⁰ El texto completo de este opúsculo fue editado por González Hernández (1960). También puede leerse un fragmento de interés en Ruiz (180). Por lo demás, no hemos de olvidar que Talavera auspició la edición de las *Introducciones latinae* de Nebrija en las que el latín se contraponía al romance para facilitar de ese modo el aprendizaje del latín (sobre la relación de ambos a este respecto, *vid.* Iannuzzi): “Que aunque por aquélla puedan mucho aprovechar los que tuvieren buenos preceptores, ésta [se refiere a la edición de 1488] igualmente se ofrece a los que saben e a los que enseñan e aprenden; a los que han olvidado lo que en algún tiempo supieron e a los que de nuevo quieren deprender e a todos éstos no con mucha conversación de maestros.” (Tomo el texto de Rico[1981, 94]).

³¹ Tomo el dato de Ruiz (226).

³² Sobre esta escuela y sus maestros, *vid.* Jiménez Calvente (2008, 103-125).

litterae humaniores, mientras su compatriota Lucio Marineo Sículo se encargó de inculcar los rudimentos gramaticales a los miembros de la capilla real³³.

Para esta labor se necesitaban libros, por lo que hubo quien aprovechó para escribir manuales para la ocasión. Nobles, funcionarios de distinto rango, miembros del clero, profesores y alumnos constituían un peculiar grupo de cortesanos, en el que la lectura de textos en lengua vernácula y latina era una actividad común. En ese ámbito, los dos eruditos italianos escribían y recibían cartas en latín y fueron forjando un peculiar círculo literario, donde los libros y los comentarios sobre las propias lecturas estaban a la orden del día; así, entre las cartas dirigidas a Marineo, percibimos los desvelos del secretario del Arzobispo de Zaragoza, Gaspar Barrachina, quien dice leer con sumo interés las epístolas de Cicerón y la vida de Alejandro de Quinto Curcio, al tiempo que le plantea sus dudas sobre el léxico latino:³⁴

Un día que un hombre no indocto hablaba conmigo, pronunció *temptabo* y yo, sorprendido por la novedad de esa pronunciación y lo insólito de la palabra, dije que mejor había que decir *tentabo*. Entonces él, para confirmar su opinión, me envió unas cartas junto con un librito de Catón en el que está el verso; “*quod potes, id tempta*”. Yo, por mi parte, revolviendo los papeles de aquél, encontré otro verso escrito de otro modo, es decir, sin “p” delante de “n”; recuerdo, además, en Cicerón, en el proemio de *Paradojas*: “*tentare volui possentne in lucem proferri*”. También Lorenzo Valla dice en sus *Fábulas*: “*Delphos sese contulit Apollinem tentaturus*”. Te pido, así, como a otro Apolo, que me libres de esta tacha de mi ignorancia. Deseo que me instruyas sobre esto, como sobre todo lo demás. Cuídate

Barrachina se autorretrata revolviendo sus libros de Cicerón y Valla en una lectura atenta y minuciosa en pos de un dato concreto, con el afán propio de un filólogo profesional. Tal era su afición por el buen latín que, en otra ocasión, cuenta a su corresponsal hasta qué punto le había impresionado la lectura de una de sus misivas³⁵:

Aquellas cartas tuyas en las que con tanto esmero me escribiste sobre el porqué del nombre del ruiseñor y sobre la dulzura de su canto me proporcionaron un placer increíble. Pues tan pronto las cogí en mis manos, pensaba que iba a leer sólo unas cartas, pero, cuando avancé un poco en mi lectura y comprendí el argumento de la misiva, al punto me sentí llamado hacia el comienzo. En verdad no sé qué suavidad no ya humana sino divina y qué armonía celestial me pareció percibir no tanto a partir del canto del ruiseñor como gracias a tu relato, hasta el punto de creer que me hallaba no en la alcoba de mi hospedaje, donde me encontró tu carta, sino entre linfas verdes y risueñas, con mil floridos árboles, en un lugar recoleto, verde y fragante, y en un amenísimo jardín, donde me daba la impresión de que no sólo cantaban los propios ruiseñores adultos y los más jóvenes que de ellos aprenden, como muy bien me escribes, sino que incluso veía con mis propios ojos y oía el divino coro de las Musas.

De ese modo, las epístolas compuestas conforme a los nuevos cánones estéticos eran regalos que sus destinatarios leían con sumo deleite. En el epistolario de Marineo,

³³ Para este autor y su epistolario, *vid.* Jiménez Calvente (2001a). Para la traducción de las epístolas que a continuación se citan he tomado como base el texto latino de mi edición del epistolario de Marineo.

³⁴ *Vid.* Marineo, *epist.* I, 30 (Jiménez Calvente [2001a, 201-202]).

³⁵ *Vid.* Marineo, *epist.* I, 29 (Jiménez Calvente [2001a, 199-201]).

son varias las misivas en que algún miembro de la corte encarga o agradece algún poema o se interesa por algún escrito del destinatario, como en una carta de Alfonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, que revela su interés por algunas obras inéditas de Marineo³⁶: “me siento sacudido por un increíble deseo de ver y leer esos opúsculos, pues si las cosas que redactaste en tu juventud son tan facundas que no se echa en falta en ellas nada en absoluto, ¿qué se puede esperar de las que has escrito en edad propecta y casi senil?”

En muchos casos, se aprecia un respeto sincero por el mundo de las letras y sus cultores³⁷, pues los libros eran, en última instancia, un excelente instrumento político y propagandístico, y un galardón que confería brillo y renombre. De ahí la importancia del mecenazgo por parte de los reyes y nobles, pues quien se rodeaba de eruditos o los protegía se convertía necesariamente en el beneficiario y el receptor de aquellas obras producidas gracias a su ayuda³⁸. Es posible que los monarcas llegaran a leer o acaso escuchar algunas de las obras a ellos dirigidas; pienso, por ejemplo, en algunos de los opúsculos escritos con motivo de la muerte del príncipe don Juan³⁹, como el de Bernardino López de Carvajal, traducido al latín por su secretario García de Bovadilla; o en los poemas de circunstancias, las crónicas, tratados u *orationes* que, enderezados a los monarcas o nobles, habrían de leerse en su presencia, pues el medio cortesano se convirtió en el lugar natural para el desarrollo y disfrute de este tipo de literatura culta, escrita en muchas ocasiones en latín. No en vano, como recuerdan las crónicas, la Reina se deleitaba escuchando el latín y se preocupó de que sus hijos adquiriesen un nivel que los capacitase para el ámbito de la política y la diplomacia.

3. La lectura interpretativa de los textos: acerca de comentarios, *castigationes* y misceláneas

Por lo general, el humanista o cualquier erudito profesional tenía que ganarse la vida enseñando de una forma u otra lo mucho que había aprendido en largos años de vigiliias y esfuerzo (no en vano, ellos mismos se tenían por nuevos héroes, capaces de grandes sacrificios en pos del saber verdadero). Dejada a un lado la estricta tripartición de la sociedad en militares, clérigos o campesinos, estos hombres se vieron en la necesidad de reivindicar su propio papel como garantes de unos nuevos saberes antes despreciados, por lo que sus proclamas en favor de la Gramática, la Retórica o la Poesía se hicieron cada vez más frecuentes. Ahora bien, para que el maestro pudiese transmitir su saber, debía haberse formado convenientemente; por ello, en un ejercicio de defensa de su oficio, se resalta la importancia de que los niños se formasen con maestros idóneos. Oigamos, por ejemplo, a Guarino de Verona:

Ante todo habrá que tener cuidado en que no sean entregados desde el comienzo a profesores rudos e incultos, pues gracias a ellos conseguirán aquello que dice Cicerón: que salgan “una mitad más estúpidos” de como llegaron⁴⁰.

³⁶ Vid. Marineo *epist.* I, 3 (Jiménez Calvente [2001a, 154-155]).

³⁷ Sobre la labor de Alfonso de Aragón, Arzobispo de Zaragoza, como mecenas puede leerse el elogio que le dedicó Alfonso de Segura, editado y traducido por mí en Jiménez Calvente (2005).

³⁸ Para más información sobre el mecenazgo ejercido por los jerarcas eclesiásticos, *vid.* Herrán Martínez de San Vicente, un trabajo que supone un adelanto de su tesis doctoral dirigida por Nicasio Salvador Miguel; de igual modo, para el mecenazgo nobiliario, *vid.* Núñez Bernalova, primicias también de una tesis doctoral dirigida igualmente por Nicasio Salvador Miguel y leída en 2009.

³⁹ Vid. González Rolán-Baños-Saquero.

⁴⁰ Cf. Guarino, *Ad Maffeam Gambarum*, (Kallendorf 260-309): “In primis autem id cavendum erit ne rudibus et indoctis ab initio praeceptoribus tradantur erudiendi, a quibus illud Ciceronis consequantur ut ‘dimidio stultiores redeant quam accesserint.’”

Esa misma idea, con profundas raíces clásicas, se convirtió en un verdadero lugar común; así, en un tratado tan madrugador como el del Rodrigo Sánchez de Arévalo, escrito *ca.* 1453, se critica la práctica de elegir preceptor sin tener en cuenta su *doctrina*, guiados por el deseo de introducir en casa algún amigo, pariente o allegado o, peor aún, por ahorrarse un dinero contratando al más económico, sin más consideración; por ello, su consejo es *eligant hominem pro doctrina, non doctrinam pro homine*⁴¹. Años después, Nebrija, en su *De liberis educandis*, (1509), insiste en la necesidad de elegir a los mejores maestros, pues quien sabe mucho se adapta fácilmente a cualquier nivel de instrucción. En ese sentido, el epistolario de Lucio Marineo Sículo contiene cartas de secretarios y funcionarios reales en busca de un preceptor para sus hijos, como el famoso jurista Juan López de Palacios Rubios, que andaba tras un maestro *qui et istas litteras doceat et bonis moribus eos instruat et informet* (epist. XVI 22).

Bien como tutores de la nobleza o profesores universitarios⁴², una de sus tareas fundamentales era la confección de manuales, comentarios, ediciones, glosarios y demás herramientas necesarias para desempeñar su función, bien de forma directa (*in praesentia*), bien en la distancia y a través de los libros (*in absentia*). En su caso, por tanto, la lectura de los clásicos se convirtió en algo más que un deleite sazonado de *utilitas*, al hacer de ellos el eje vertebrador de su profesión; de esa manera, su primer objetivo fue la correcta fijación e interpretación de los textos latinos y griegos. Para ello, se precisaba una lectura lenta y, a ser posible, apoyada en el cotejo de dos o más testimonios.

Imaginamos al humanista en su cuarto, con el tintero y la pluma a mano, para ir anotando en los márgenes o en hojas aparte aquello que parecía oportuno. De esa lectura “profesional” partirán las posibles ediciones, los comentarios, *castigationes*, como las de Hermolao Barbaro al texto de Plinio o las de Hernán Núñez al mismo autor y, con el tiempo y tras un sinfín de lecturas, las misceláneas, cornucopias, oficinas y silvas. En esos casos, el profesor tenía que pensar en su público: el joven estudiante de latín, el curioso no profesional o el consumado erudito, pues sus anotaciones eran distintas en cada caso. De ese modo, el comentario a Virgilio de Nebrija está constituido, más bien, por unas notas pensadas para el aula⁴³; de hecho, no fue Nebrija quien las publicó sino su hijo Sancho en su imprenta de Granada. En el prefacio, éste explica las características del comentario paterno y lo compara con otros para concluir que éste era más útil para los *adulescentes*, pues sin mil digresiones ni interrupciones “con un hilo continuo todos los poemas reciben una aclaración⁴⁴”.

Estamos ante uno de tantos comentarios gramaticales en que Nebrija elucida los problemas lingüísticos de Prudencio, Persio, Sedulio o Virgilio, aunque también se abordan otros de índole textual o ecdótica (sobre todo en el comentario a Sedulio y, en menor medida, en *Hymnorum recognitio*⁴⁵). En el comentario a Persio, Nebrija tenía en

⁴¹ Vid. Sánchez de Arévalo, *Brevis Tractatus de arte, disciplina et modo alendi et erudiendi filios, pueros et iuvenes* (Ruiz Vila-Calvo Fernández 55).

⁴² Sobre la importancia de la universidad para estos primeros humanistas en la época de los Reyes Católicos, *vid.* Gómez Moreno (2008).

⁴³ Para un estudio general sobre los comentarios a Virgilio durante el primer renacimiento, me remito a Jiménez Calvente (2001b).

⁴⁴ He consultado el ejemplar digitalizado de esta obra perteneciente al fondo antiguo de la Universidad Complutense, que puede leerse en <http://www.cervantesvirtual.com>.

⁴⁵ Vid. Codoñer (1994) y Cortés. Para la labor de Nebrija con Sedulio, *vid.* Manchón y Yarza Urkiola.

mente un destinatario concreto, su protector Juan de Zúñiga, Maestre de Alcántara, al que no gustaban los comentarios prolijos y eruditos en exceso:⁴⁶

Añadías, además, que habías leído las aclaraciones a esta obra de otros intérpretes, muy largas sin duda y que abusaban, en ocasiones, de la paciencia del lector, pero que a ti te satisfacían muy poco, pues en ellas se echan en falta muchas cosas.

Nebrija, sin duda, es un buen ejemplo de gramático orgulloso de serlo, con una obra que refleja fielmente sus cuidadosas y meditadas lecturas, nacidas del ejercicio de la *enarratio poetarum*. Especialmente riguroso debe mostrarse el filólogo al enfrentarse a las Sagradas Escrituras; así, en su *Apologia* y más adelante en su *Tertia Quinquagena* (donde se enfrenta a cincuenta escollos), insiste en la necesidad de consultar los códices hebraicos y griegos, además de los latinos. Como Valla o Poliziano, Nebrija vivió del latín y para el latín, como vemos en las *Introductiones Latinae* y los *Vocabularios*, en que se pone de manifiesto su preocupación por comprender y aclarar una lengua cuyo conocimiento y manejo eran primordiales para acceder a cualquier otro saber.

También estamos al tanto del particular diálogo que Hernán Núñez mantenía con sus libros (gracias al excelente trabajo de Signes Codoñer, Codoñer y Domingo [2001]), que leía y anotaba con toda minuciosidad, aunque la materia nada tuviese que ver con sus intereses como profesor de Griego y de Retórica en Salamanca. Muchos de sus libros muestran aún correcciones y enmiendas, reflejadas a modo de ladillos, a partir de otros libros o asistido por su propio talento (*emendatio ope ingenii*)⁴⁷:

Estacio, *Achill.* 1, 336) *invicta virtute decor...*] Errat. ‘In victa’ enim duae sunt dictiones neque est iunctim legere.

En ese universo, los comentarios, más que simples instrumentos de trabajo, eran la prueba de la enorme erudición amasada tras años de estudio, lecturas y formación⁴⁸. Así, el comentario al libro I de Marcial de Niccolò Perotti, la *Cornucopia*, se leyó como una verdadera enciclopedia sobre el Mundo Antiguo, pues no hay palabra del texto que no reciba una cuidada y copiosa explicación desde todos los enfoques imaginables. Al lado de estos comentarios exhaustivos, aptos para los *alumni* o los curiosos (pienso también en los escritos por Badius Ascensius), había otros para el lector más culto, como los *Miscellanea* de Poliziano (1489), donde, a la manera de las *Atticae Noctes* de Aulo Gelio, sólo se atendía a los aspectos más difíciles o controvertidos de autores muy diversos.

Entre otros asuntos, Poliziano defiende que el nombre correcto del gran autor clásico es *Vergilius* y no *Virgilius* (I 77) y compara unos versos de los *Argonautica* de Valerio Flaco y la obra homónima de Apolonio de Rodas. De hecho, este libro de Poliziano fue admirado y consultado por muchos de nuestros humanistas, como Nebrija, Marineo y su círculo (en cierta ocasión, su discípulo Alfonso Segura le confiesa que no comprende bien el título de la obra [epis. VI 6]) o Sánchez de las

⁴⁶ Nebrija, *In. A. Persium Flaccum poetam satyricum interpretatio* 1504 (según el ejemplar conservado en la Universidad de Murcia, a-c6, d4, digitalizado para <http://www.cervantesvirtual.com>.)”Addebas praeterea llegisse te quorundam interpretum in hoc opus enarrationes, perlongas illas quidem, et quae nonnunquam patientia lectoris abuterentur, sed quae tibi interdum minime satisfacerent ut pote in quibus complura desiderantur.”

⁴⁷ Tomo el ejemplo de Codoñer (2002), quien aclara que la lectura aceptada en la actualidad es *inuita*.

⁴⁸ Grafton (1988 y 1991) muestra cómo desarrollaron esa labor filológica muchos humanistas, quienes incluso hicieron gala de unos conocimientos a veces inexistentes. Véase también Grafton (1998).

Brozas, autor de unos comentarios a las *Sylvae* del florentino. Entre las obras de este tipo, los *Adagia* de Erasmo, sobre todo desde la edición aldina de 1508, se convirtieron en un verdadero *best-seller*. Una vez más, estamos ante el resultado de infinitas lecturas sometidas a una cuidadosa tarea de anotación, pues la finalidad última de la obra era proporcionar a los lectores la necesaria *copia verborum* sin descuidar su educación moral⁴⁹.

Aquí, Erasmo formula un adagio, primero en griego, en caso de existir, y luego en latín; a continuación, comenta su significado, con precisiones mitológicas, históricas y culturales para dejarlo claro; de ese modo, el adagio le permite lucir toda su erudición e insertar reflexiones de carácter moral y filosófico, lo que lo acerca a su propia realidad, pues Erasmo no ahorra críticas a la Iglesia y al poder temporal, lo que llevó su libro al *Index* de 1558 (en 1560, los *Adagia* fueron parcialmente traducidos al español por Juan Lorenzo Palmireno para su nuevo manual del latín⁵⁰).

El número de tales obras fue elevado; con ellas, intuimos una curiosa paradoja: los profesores de *litterae humaniores*, ardientes defensores de la lectura directa de los clásicos, fueron los creadores y difusores de las herramientas necesarias para que esa lectura fuese quedando en un segundo plano. De hecho, pronto fue posible conocer el mundo antiguo sin necesidad de desentrañar difíciles lecturas o acceder a manuscritos olvidados, pues lo fundamental estaba al alcance de la mano gracias a esta literatura secundaria, nacida de los esfuerzos y desvelos de aquellos *magistri*.

4. Y, en el origen, el *codex excerptorius*

Las obras de Erasmo y Poliziano tenían su modelo en las *Atticae Noctes* de Aulo Gelio, quien ya indica en el prefacio que su miscelánea es el fruto de sus cuidadosas lecturas, de las que extraía las anotaciones pertinentes, que guardaba a modo “de una despensa de letras” para cuando los libros faltasen o su memoria lo necesitase⁵¹. Esa forma de actuar se aprendía en la escuela con el ejemplo de las abejas, capaces de recolectar el néctar en muy diferentes flores para luego fabricar la dulce miel (Séneca, epist. 84)⁵². A partir de esa imagen, se propició que los alumnos confeccionasen unos cuadernos de lectura donde anotar sentencias, frases hechas, proverbios, anécdotas, expresiones singulares, figuras retóricas, etc., que, a la postre, están en el origen del tipo de obras que acabamos de reseñar.

Los grandes pedagogos nos cuentan cómo confeccionaban esos cartapacios. Por ejemplo, Erasmo nos habla de ello en su *De ratione studii* y, sobre todo, en su *De copia*, donde dedica todo un capítulo a la *ratio colligendi exempla*⁵³. Idéntica

⁴⁹ Para esta obra en particular, *vid.* Chomarat.

⁵⁰ *Cf.* Colón.

⁵¹ Aulo Gelio da cuenta del origen de su obra en el prefacio cuando señala (*Praefatio* 2): “Nam proinde ut librum quemque in manus ceperam seu Graecum seu Latinum vel quid memoratu dignum audieram, ita quae libitum erat, cuius generis cumque erant, indistincte atque promisce annotabam eaque mihi ad subsidium memoriae quasi quoddam litterarum penus recondebam, ut, quando usus venisset aut rei aut verbi, cuius me repens forte oblivio tenuisset, et libri, ex quibus ea sumpseram, non adessent, facile inde nobis inventu atque depromptu foret.”

⁵² La imagen de las abejas y la miel tuvo un éxito enorme según puede verse en Lida de Malkiel.

⁵³ Como ha explicado magníficamente Aragüés (2000), el tratado de Erasmo tuvo un enorme éxito y, en España, puede apreciarse su huella en la obra de Salinas, quien dedica un capítulo entero en su *Rhetórica en lengua castellana* a este asunto. La bibliografía sobre estos cuadernos o cartapacios es muy abundante, aunque el libro de Moss sigue siendo fundamental. A este particular he dedicado también un estudio en Jiménez Calvente (2008).

preocupación alienta los consejos de Juan Luis Vives a sus discípulos en su *De ratione studii*⁵⁴:

Compondrás un libro con hojas en blanco, con un tamaño adecuado, que dividirás en espacios a modo de cajones; en uno de ellos anotarás los vocablos de uso cotidiano, como los relativos al ánimo, cuerpo, acciones comunes, juegos, vestidos, habitáculos, comidas; en otro, los vocablos raros e inusuales; en otro, las expresiones idiomáticas y fórmulas del lenguaje, o las que comprenden pocas personas, o aquellas que han de utilizarse con más frecuencia; en otro, las sentencias, en otro los dichos festivos, en otro los ingeniosos; en otro los proverbios, en otro los lugares difíciles de los escritores y los que a ti o a tu preceptor os parezcan.

En algunos casos, estos instrumentos de trabajo acabaron llegando a la imprenta, aunque ello supusiera el principio del fin. Casi podemos decir que las polianteas, los florilegios y demás herramientas compiladas de forma personal y a mano “murieron de éxito”. ¿Por qué? Es fácil comprender que, a medida que el número de estas obras crecía y se difundía ampliamente gracias a la imprenta, los lectores cayeron en la cuenta de que crear su propio cartapacio era mucho más costoso y lento que consultar una poliantea impresa.

A pesar de ello, los maestros siguieron recomendando este método de estudio que permitía rumiar y digerir mejor lo leído, por lo que no se cesó de criticar a aquellos que, dejando a un lado el trabajo personal, basaban toda su erudición (o, en el caso de los oradores, su *inventio*) en la lectura de este tipo de obras subsidiarias. Basta leer los consejos ofrecidos por Miguel de Salinas en su *Rhetórica en lengua castellana* (Alcalá, 1541), donde defiende el uso del *codex excerptorius*, pues el contacto directo con los *auctores* y la necesidad de extraerlos y subordinarlos a unos determinados epígrafes constituían un procedimiento infalible para convertirse en un consumado *orator*⁵⁵.

Acaso el otoño del Humanismo (o el sueño, según la denominación de Rico)⁵⁶ provocó que la erudición y el amor por los clásicos tomaran un nuevo rumbo: la erudición por la erudición y el encastillamiento de los estudiosos en su propia torre de marfil provocaron una fractura con la sociedad; de hecho, la excesiva profesionalización de los *scholastici viri* fue la tónica dominante. El diálogo con los textos se hizo cada vez más especializado; al mismo tiempo, se pusieron al alcance del público interesado herramientas que permitían impregnarse con ese barniz cultural sin demorarse en la lectura lenta y reflexiva de los *auctores*. Así las cosas, se multiplicaron los diccionarios, gramáticas, polianteas, antologías, y resúmenes, en que muchos basaban una erudición con pies de barro (el caso de Lope de Vega es bien conocido).

⁵⁴ Cf. Vives, 1541, p. 6: “Compones tibi librum chartae vacuae, iustae magnitudinis, quem in certos locos, ac velut nidos, partieris. In uno eorum annotabis vocabula usus quotidiani, velut animi, corporis, actionum nostrarum, ludorum, vestium, habitaculorum, ciborum, et in altero vocabula rara, exquisita; in alio idiomata et formulas loquendi, vel quas pauci intelligunt, vel quibus crebro est utendum; in alio sententias, in alio festive, in alio argute dicta; in alio proverbialia, in alio scriptorum difficiles locos, et quae alia tibi aut institutori tuo videbuntur.”

⁵⁵ Vid. Aragüés (2010).

⁵⁶ Symonds (21-24) habla de tres fases fundamentales en la “Historia de las Humanidades durante el Renacimiento”: La primera “el deseo apasionado” marcado por las figuras de Petrarca y Boccaccio, que contagiaron a los italianos “la sed y el afán de la cultura antigua”; la segunda es la “fase de las adquisiciones y las bibliotecas” y la tercera sería la “fase de los críticos, los filólogos y los impresores.” Vid. también Rico (1993, 85 y ss).

En realidad, humanistas como Petrarca o Guarino hablaban para un grupo de amigos o discípulos a quienes, por sus circunstancias, se podía exigir una cocción cultural a “fuego lento”. Cuando la educación se generalizó, hubo que crear útiles de trabajo para facilitar el acercamiento de muchos pupilos al saber. En ese contexto, con todo, no dejaron de sonar las voces en favor de los métodos de siempre, aquellos que fortalecieron la escuela de la Antigüedad tardía y resurgieron en ciertos momentos del Medievo: la lectura pluma en mano y la reflexión (con intención alegorizante o no) sobre lo leído.

5. Del libro al mundo: Más allá de los textos

No cabe duda de que, al ampliarse el canon de *auctores* disponibles, al lector se le ofrecían muchas materias a las que poder aplicar su ingenio. En este sentido el rescate de las obras de Derecho, Geografía o Ciencias Naturales deparó no pocas sorpresas, pues, al lado de la lectura puramente “filológica”, que perseguía reconstruir el texto y entenderlo en su contexto cultural, había otras que lo comparaban con la realidad circundante. En este sentido, Plinio el Viejo y Dioscórides dieron no pocas sorpresas. Había que contrastar lo allí contado con la propia realidad, un tipo de pesquisa que solía tomar forma de glosas y comentarios. Así, el médico Andrés Laguna enriqueció su traducción castellana de Dioscórides “con comentarios y con las figuras de todas las yerbas, sacadas a imitación de las bivas y naturales.” Según sus propias palabras, esos aditamentos al texto griego partían, además, de sus muchos y trabajosos viajes:

Quiero passar por silentio cuántos y cuán trabajosos viajes hize para salir con la tal empresa honorablemente; cuántos y cuán altos montes subí; cuántas cuevas baxé, arriscándome por barrancos y peligrosos despeñaderos y finalmente cuán sin duelo gasté la mayor parte de mi caudal y substantia en hazerme traer de Grecia, d’Egypto y de Berberia muchos simples exquisitos y raros para conferirlo con sus historias

Esa confrontación de las plantas con sus “historias” arrojó interesantes resultados, pues le llevó a contradecir la *theoria recepta* a partir de su propia experiencia sin pasar por alto que en ocasiones los fallos se debían a la corrupción textual de los manuscritos, lo que llevó a consultar algunos *codices vetustissimi* para devolver al texto su perdido esplendor. Laguna mostraba así una firme confianza en la capacidad de incrementar el conocimiento yendo más allá de los libros, pues expresaba su convicción de que, con el tiempo y gracias a los triunfos militares del Rey Felipe II, sería factible viajar hacia Oriente para traer de allí “aquellas divinas plantas que para nuestra salud produjo del Criador de todas las cosas.”

Así, los viajes habían de dar la clave para descubrimientos revolucionarios; de todos ellos, el que trajo una mayor revolución epistemológica fue, lógicamente, el que recorrió la geografía americana⁵⁷, una nueva tierra cuya naturaleza extraña había que describir y conocer, para lo que hubo que echar mano, en primer lugar, de lo aprendido en los libros. Es curioso que un cronista tan temprano como Gonzalo Fernández de Oviedo titule su obra *Historia General y Natural de las Indias*, donde sigue el patrón de la obra pliniana y advierte que lo que ven sus ojos en las nuevas tierras no tiene parangón con lo descrito por Plinio. Esto sucede, por ejemplo, cuando habla del plátano y de la planta que lo produce, pues frente al plátano de Plinio, el *platanus occidentalis* de espesa

⁵⁷ Sobre este asunto, Jiménez Calvente (2008-2009).

sombra, su “versión trasatlántica” no defendía de los rigores del sol y la lluvia, “antes parece que llueve más debajo de ellos, porque las mismas hojas hacen innumerables goteras, porque pocas están del todo enteras, sino rompidas en muchas partes, fechas tiras al través”.

La obra de Plinio se convirtió en el caballo de batalla de numerosos médicos, como Francisco Hernández (1517-1587)⁵⁸, que adornó su traducción con un cuidadísimo comentario, en el que se comparaba lo allí narrado con su propia experiencia viajera. Este método de trabajo dio sus mejores frutos en su *Historia Natural de Nueva España*, donde Hernández, que partió a México en 1570 al frente de una expedición científica ordenada por Felipe II, aprovechó sus conocimientos como médico y erudito (aprendió incluso el náhuatl) para describir la flora y faunas americanas⁵⁹. Para este novedoso trabajo, Hernández no partió de textos previos sino que se dejó guiar, como él mismo indica, por sus propios sentidos, pues “en estos libros nuestros de *Historia de las Plantas* nada hay que no hayamos visto con nuestros propios ojos y comprobado por el sabor y olor o por nuestra propia experiencia y la de los otros”. Las nuevas historias de las Indias y los tratados científicos escritos a la luz de lo allí encontrado abundan en este tipo de ejemplos, donde las lecturas y la realidad se enfrentan y complementan al mismo tiempo: al mundo ideal de las Amazonas, las Fuentes de la Eterna Juventud, los Reinos del Preste Juan o los buenos salvajes se iban sumando descripciones de nuevos productos y realidades.

¿Cómo no apreciar la labor de Nicolás Monardes? Este médico sevillano escribió la *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales* (1565-1574), donde describe un sinfín de productos de los que tuvo temprano conocimiento por vivir en Sevilla, donde llegaban los barcos procedentes del otro lado del océano? ¿Y qué podríamos decir de José Acosta y su *Historia natural y moral de las Indias* (1590), que Alexander von Humboldt tenía en gran estima? En estos casos, la lectura filológica, que se demoraba en su intento de reconstruir el valor original de los términos griegos y latinos, se alió con un deseo creciente de experimentar, de ir más allá de esos mismos textos. Los efectos de tan saludable práctica iban a desembocar en la revolución científica de los siglos siguientes, con un Descartes que en su *Discours de la méthode* (1637) critica la enseñanza recibida en su colegio de jesuitas, pues, si bien era adecuado leer a los autores clásicos, “car c'est quasi le même de converser avec ceux des autres siècles, que de voyager”, tales lecturas podían hacer de los lectores unos extraños en su propio mundo. Por ese motivo, Descartes decidió viajar de verdad en cuanto pudo abandonar a sus preceptores y determinó buscar la verdad “dans le grand livre du monde⁶⁰”:

j'employai le reste de ma jeunesse à voyager, à voir des cours et des armées, à fréquenter des gens de diverses humeurs et conditions, à recueillir diverses expériences, à m'éprouver moi-même dans les rencontres que la fortune me proposait, et partout à faire telle réflexion sur les choses qui se présentaient.

Así, podemos afirmar que el Humanismo propició un uso peculiar de los clásicos, pues ayudaba a conocer el presente: la poesía ofrecía nuevos modelos e imágenes a los poetas y, sobre todo, permitía reivindicar su posición privilegiada en la sociedad –ya que, sin Homero, la gloria de Aquiles habría sido vana–. La historia llevó a Maquiavelo a

⁵⁸ La figura de Francisco Hernández no ha dejado de atraer la atención de la crítica; para su influencia en el desarrollo de la ciencia botánica, *vid.* López Piñero y Pardo Tomás.

⁵⁹ Muy cercana a esta obra es su *Materia Medicinal de la Nueva España* que se encuentra manuscrita en la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense (ms. 615. 1 HER). Sobre los problemas que plantea esta obra, *vid.* Figueroa-Saavedra.

⁶⁰ Cito los textos de Descartes por la edición de Gilson.

reflexionar sobre el destino y los tipos de gobierno; Ptolomeo y otros geógrafos antiguos hicieron soñar a Colón, que para su descripción de las nuevas tierras echó mano, además, de la Biblia. Pero no todo quedó ahí, ya que los libros y las lecturas animaron a ir en busca de nuevos horizontes; de ese modo, no faltaron críticas contra los maestros tradicionales, los profesionales de las letras, los defensores de lo antiguo, encerrados en sus gabinetes, pues, de nuevo según Descartes, éstos sólo se regían por el deseo de dar brillo a su nombre demorándose en asuntos alejados por completo de la realidad. Cuando todo se limitaba a vanidad pura, poco se podía aportar al bien común; por eso, unos años antes de que Descartes defendiera su nuevo método, el converso Francisco Sánchez, catedrático de medicina en Francia, afirma en su *De multum nobili et prima universali scientia. Quod nihil scitur* (1581) que para alcanzar el verdadero conocimiento hay que recurrir a la propia experiencia (*res ipsas examinari coepi: qui verus est sciendi modus*); por ese motivo, la consulta a los filósofos, en especial aquellos que se apoyaban en la dialéctica, era estéril, pues se empeñaban en disfrazar su saber con palabras⁶¹:

Cuando a ellos te allegas para aprender algo, cambian tanto los significados de las palabras que antes habías utilizado que éstas ya no designarán las cosas propias y naturales, sino aquellas que ellos han imaginado.

Muchos se quejaban de la preocupación excesiva por las palabras y el adorno retórico, aunque ellos mismos se expresasen en un latín inobjetablemente elegante. Su lectura concienzuda de los libros, viejos y nuevos, permitieron encajar cualquier hecho o dato, por sorprendente o novedoso que fuese, en su universo de referencia. En definitiva, la labor de los humanistas como editores y exegetas de los textos clásicos, paralela a la desarrollada como maestros de gramática y retórica, fue decisiva para el avance del conocimiento.

⁶¹ “Cumque ad eos accedas ut aliquid discas, verborum, quibus antea usus fueras, significationes sic immutant, ut iam non res easdem et naturales designent, sed illas quas ipsi finxere.” (Cito por la edición de Howald-Caluori-Mariev [99-100]).

Obras citadas

- Aragüés, José. “‘El apetito desordenado de saber’. Erudición escolar y discurso renacentista en el *Tratado de la forma que se deve tener en leer los autores* de Miguel de Salinas”. *Revista de Filología Española* 80 (2000): 287-317.
- . “Camino de ejemplaridad: los consejos sobre el acopio de *exempla* de Erasmo al Padre Isla”. *Criticón* 110 (2010): 9-25.
- Beccadelli, Antonio (el Panormita). Eulàlia Duran (texto catalán), Mariàngela Vilallonga (texto latino) eds. *De dictis et factis memorabilibus Alphonsi regis Aragonum libri quattuor*, Lyon, 1560. Barcelona: Barcino (Fundació Jaume I, El Nostres Clàssics, serie A, núm. 129), 1990.
- Billanovich, Giuseppe. *Petrarca letterato. I. Lo scrittoio del Petrarca*, Roma: Edizioni di Storia e Letteratura, 1947.
- . *La tradizione del testo di Livio e le origini dell'umanesimo. Vol. I: Tradizione e fortuna di Livio tra Medioevo e umanesimo. Vol. II: Il Livio del Petrarca e del Valla. British Library Harl. 2493 riprodotto integralmente*. Padua: Antenore, 1981.
- . *Auctorista, humanista, orator*. Bellaterra (Barcelona): Univ. Autònoma de Barcelona, 1989.
- Bisticci, Vespasiano da. Aulo Greco ed. *Le Vite*, Florencia: Antenore, 1970.
- Boccaccio, Giovanni. Carlos Alvar trad. *Vida de Dante*. Madrid: Alianza, 1993.
- Bruni, Leonardo. C. Kallendorf ed. *De studiis et litteris liber ad Baptistam de Malatesta. Humanist Educational Treatises*. Cambridge: Univ. Press, 2002. 92-125.
- Cartagena, Alonso de. María Morrás ed. *De los ofiçios. Alonso de Cartagena. Libros de Tulio: De senetute. De los ofiçios*. Alcalá de Henares: Univ. de Alcalá, 1996.
- Chomarat, Jacques. *Grammaire et Rhetorique chez Erasme*. París: Les Belles Lettres, 1981.
- Codoñer, Carmen. “El comentario gramatical de Nebrija”. En Carmen Codoñer, Juan Antonio González eds. *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994. 169-178.
- . “El diálogo con los textos de Hernán Núñez de Guzmán”. En José M^a Maestre et al., eds. *Humanismo y pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al prof. Antonio Fontán*. Alcañiz-Madrid: Ediciones del Laberinto, 2002. 855-875.
- Colón, Germán. “Los *Adagia* de Erasmo en español (Lorenzo Palmireno, 1560) y en portugués (Jerónimo Cardoso, 1570)”. *Revista de Filología Española* 84.1 (2004): 5-27.
- Conaway Bondanella, Julia. “Petrarch’s Rereading of *Otium* in *De vita solitaria*”. En Caroline Jewers, Julian Weiss eds. *Writers as Readers: Essays in Honor of Thomas R. Hart. Comparative Literature* 60. 1 (2008): 14-28.
- Cortés, Rosario. “El comentario del Gramático Elio Antonio de Nebrija a Persio”. En Carmen Codoñer, Juan Antonio González eds. *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1994. 205-214.
- Descartes, René. Étienne Gilson ed. *Discours de la méthode. Descartes. Discours de la méthode. Introduction et notes*. París: J. Vrin, 1987.
- Figueroa-Saavedra, Miguel. “Hallazgo de un manuscrito inédito del doctor Francisco Hernández: *Materia Mediçinal de la Nueva España*”. *Relaciones* 81 (2000): 129-159.
- Gelio, Aulo. P. R. Marshall ed. *Noctes Atticae*. Oxford: Oxford Univ. Press, 1968.

- Gómez Moreno, Ángel. *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid: Gredos, 1994.
- . "Los intelectuales europeos y españoles a ojos de un librero florentino: Las *Vite* de Vespasiano da Bisticci (1421-1498)". *Studi Ispanici* (Número extraordinario) (*Italia y la literatura hispánica*) (1997-1998): 33-47.
- . "Las Universidades en la época de los Reyes Católicos". En Nicasio Salvador, Cristina Moya eds. *La literatura en la época de los Reyes Católicos*, Madrid-Fránfort: Iberoamericana-Verhuert, 2008. 59-77.
- Gómez Moreno, Ángel & Teresa Jiménez Calvente. "De Dante y otras vite". *La recepción de Boccaccio en España. Cuadernos de Filología Italiana* (2001) (Número extraordinario): 373-392.
- González Hernández, Olegario. "Fray Hernando de Talavera. Un aspecto nuevo de su personalidad". *Hispania Sacra* 13 (1960): 143-174.
- González Rolán, Tomás, José Miguel Baños, Pilar Saquero. *El humanismo cristiano en la Corte de los Reyes Católicos: Las Consolatorias latinas a la muerte del Príncipe Juan*. Madrid: Ediciones Clásicas, 2006.
- Grafton, Anthony. "Quattrocento Humanism and Classical Scholarship". En Albert Rabil Jr., ed. *Renaissance Humanism. Foundations, Forms and Legacy*. Philadelphia: Pennsylvania Univ. Press, 1988. III, 23-66.
- . *Defenders of the Text. The tradition of scholarship in an age of science. 1450-1800*. Cambridge Mass.: Harvard Univ. Press, 1991.
- . "El lector humanista". En Guglielmo Cavallo, Roger Chartier eds. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998. 283-328.
- Guarino, Baptista. *Ad Maffeum Gambarum Brixianum adolescentem generosum discipulum suum, de ordine docendi et studendi*. En Craig Kallendorf. *Humanist Educational Treatises*, Cambridge: Univ. Press, 2002. 260-309.
- Herrán Martínez de San Vicente, Ainara. "El mecenazgo de los jerarcas eclesiásticos en la época de los Reyes Católicos". En Nicasio Salvador Miguel, Cristina Moya eds. *La literatura en la época de los Reyes Católicos*. Madrid-Fránfort: Iberoamericana-Verhuert, 2008. 79-101.
- Iannuzzi, Isabella. "Talavera y Nebrija: lenguaje para convencer, gramática para pensar". *Hispania* 68 (2008): 37-62.
- Jiménez Calvente, Teresa. *Un siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los Epistularum familiarium libri XVII de Lucio Marineo Sículo*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2001a.
- . "Virgilio y sus comentarios renacentistas (I)". *Estudios Clásicos* 120 (2001b): 35-64
- . "La *Oratio ad Alfonso Aragonense de laudibus et pontificatus et regni diligentissime eius gubernatione* de Alfonso Segura, discípulo aventajado y escritor en ciernes". *eHumanista* 5 (2005): 48-95.
- . "Maestros de latinidad en la corte de los Reyes Católicos: ¿un ideal de vida o una vida frustrada?" En Nicasio Salvador Miguel, Cristina Moya eds. *La literatura en la época de los Reyes Católicos*. Madrid-Fránfort: Iberoamericana-Verhuert, 2008. 103-125.
- . "Los humanistas y sus herramientas filológicas: de polianteas, florilegios y otros útiles similares". En Antonio Cortijo, Teresa Jiménez Calvente eds. "*E salio buen latino*": la presencia del latín en las letras hispánicas en los siglos XV y XV. *La Corónica* 37.1 (2008): 217-244 [Número especial].
- . "La flora del Nuevo Mundo en los escritos de los primeros cronistas: problemas y soluciones". *Archivum* 58-59 (2008-2009): 165-192.

- . "Nebrija, maestro". En Ángel Sáenz Badillos, Luis Girón Negrón eds. *Homenaje al profesor Francisco Márquez Villanueva*. Newark: Juan de la Cuesta, 2014. En prensa.
- Kristeller, Paul Oscar. *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Lawrance, Jeremy N. H. "On Fifteenth-Century Spanish Vernacular Humanism". En Ian Michael, Richard Andrew Cardwell eds. *Medieval and Renaissance Studies in Honour of Robert Brian Tate*. Oxford: Oxford Univ. Press, 1986. 63-79.
- . "Nuevos lectores y nuevos géneros: apuntes y observaciones sobre la epistolografía en el primer Renacimiento español". En Víctor García de la Concha ed. *Literatura en la época del Emperador*. Salamanca: Univ. de Salamanca, 1988. 81-99.
- Lida de Malkiel, M^a Rosa. "La abeja: Historia de un motivo poético". *Romance Philology* 17 (1963): 75-86.
- López Piñero, José M^a, José Pardo Tomás. *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la Botánica y la materia médica*. Valencia: Universidad de Valencia-CSIC, 1996.
- Manchón Gómez, Raúl. "El comentario de Antonio de Nebrija al poeta cristiano Sedulio". En José M^a Maestre, Joaquín Pascual Barea, Luis Charlo Brea eds. *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al prof. Antonio Fontán*, III. 2. Madrid-Alcañiz: Ediciones del Laberinto, 2002. 943-954.
- Moss, Ann. *Printed Commonplace-Books and the Structuring of Renaissance Thought*. Oxford: Clarendon Press, 1996 (reimp. 2000).
- Nebrija, Antonio de. *In A. Persium Flaccum poetam satyricum interpretatio*, Sevilla: Kromberger, 1504.
- Nolhac, Pierre. *Pétrarque et l'humanisme*. París: Les Belles Lettres, 1907.
- Núñez Bernaldoqui. "El mecenazgo nobiliario en la literatura de la época de los Reyes Católicos. Primera aproximación". En Nicasio Salvador Miguel, Cristina Moya eds. *La literatura en la época de los Reyes Católicos*. Madrid-Fránkfort: Iberoamericana-Verhuert, 2008. 167-188.
- Parkes, M. "La Alta Edad Media". En Guglielmo Cavallo, Roger Chartier eds. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 1998. 137-156.
- Petrarca, Francesco. *Epistola Posteritati*. Ed. Karl Emenkel. "A Critical Edition of Petrarch's *Epistola Posteritati*". En Karl Emenkel, Betsy de Jong-Peter Liebrechts eds. *Modelling the Individual Biography and Portrait in the Renaissance. With a Critical Edition of Petrarch's Letter of Posterity*. Amsterdam: Editions Rodopi, 1998. 243-283.
- . *De sui ipsius et multorum ignorantia liber*. Ed. David Marsh, *Francesco Petrarca. Invectives*. Cambridge, Mass.: Harvard Univ. Press, 2003.
- . *Epistolae familiares*. Ed. Francesco Stoppelli, *Francesco Petrarca. Opera omnia*. Roma: Lexis Progetti Editoriali, 1997 (www.bibliotecaitaliana.it).
- . Andrés Ortega Garrido ed. y trad. *Cartas a los más ilustres hombres de la Antigüedad*. Sevilla: Ediciones Espuela de Plata, 2014.
- . *De vita solitaria*. Ed. Antonietta Bufano. *Opere Latine. I*. Turín: Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1975. 261-565.
- Pulgar, Hernando del. *Crónica de los muy altos y esclarecidos Reyes Cathólicos*. Zaragoza, 1567 [edición facs. Zaragoza: Asociación empresarial de artes gráficas, papel y manipulados de Zaragoza, 1987].
- Reynolds, Leighton D. ed. *Texts and Transmission: A Survey of the Latin Classics*. Oxford: Oxford Univ. Press, 1983.

- Rico, Francisco. *Vida u obra de Petrarca. Vol I: Lectura del Secretum*. Padua: Antenore, 1974.
- . "Un prólogo al Renacimiento español. La dedicatoria de Nebrija a las Introducciones latinas (1488)". En *Seis lecciones sobre la España de los Siglos de Oro (Literatura e Historia): Homenaje a Marcel Bataillon*. Sevilla-Burdeos: Universidad de Sevilla/Université de Bordeaux, 1981. 59-94.
- . *El sueño del Humanismo. De Petrarca a Erasmo*. Madrid: Alianza editorial, 1993.
- . "Petrarca y las letras cristianas". *Silva* 1 (2002): 157-182.
- Rovira, Juan Carlos. *Humanistas y Poetas en la corte napolitana de Alfonso el Magnánimo*. Alicante: Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", 1990.
- Ruiz, Elisa. *Los libros de Isabel la Católica. Arqueología de un patrimonio escrito*. Salamanca: Instituto de Historia del libro y de la lectura, 2004.
- Russell, Peter. *Traducciones y traductores en la Península Ibérica (1400-1500)*. Bellaterra (Barcelona): Univ. Autónoma de Barcelona, 1985.
- Sabbadini, Remigio. *Le scorpete dei codici latini e greci ne' secoli XIV e XV*. Florencia: G. C. Sansoni, 1905-1914.
- Salvador Miguel, Nicasio. *Isabel la Católica. Educación, Mecenazgo y Entorno literario*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2008.
- Sánchez, Francisco. *De multum nobili et prima universali scientia. Quod nihil scitur*, 1581. Ed. Kaspar Howald, Damian Caluori, Sergei Mariev. *Quod nihil scitur-Das nichts gewusst wird*. Hamburgo: Felix Meiner Verlag, 2007.
- Sánchez de Arévalo, Rodrigo. *Brevis tractatus de arte, disciplina et modo alendi et erudiendi filios, pueros et iuvenes*. Ed. José Manuel Ruiz Vila, Vicente Calvo Fernández. "El primer tratado de pedagogía del humanismo español. Introducción, edición crítica y traducción del *Brevis tractatus de arte, disciplina et modo alendi et erudiendi filios, pueros et iuvenes* (ca. 1453) de Rodrigo Sánchez de Arévalo". *Hesperia. Anuario de Filología Hispánica* 3 (2000): 35-81.
- Signes Codoñer, Juan, Carmen Codoñer, Adela Domingo. *Biblioteca y epistolario de Hernán Núñez de Guzmán (El Pinciano). Una aproximación al humanismo español del siglo XVI*. Madrid: CSIC, 2001.
- Symonds, John Addington. *El Renacimiento en Italia*. México: FCE, 1992.
- Tubau Moreu, Xavier. "Textos y contextos de una polémica: Petrarca y la escolástica (o los modernos)". *Medievalismo* 9 (1999): 104-146.
- Vives, Juan Luis. *Epistola de initiis studiorum*. En *De ratione studii*, Basilea, 1541.
- Yarza Urkiola, Valeriano, ed. Antonio de Nebrija. *Comentario al Carmen Paschale y dos himnos de Sedulio*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 2011.